

F1233

N376

Asegurada la propiedad de esta obra conforme á la ley.

AUTÉNTICAS

México, 31 de Mayo de 1904.

Sr. D. Angel Pola.—Muy Señor mío:—Contesto agradecido á su fineza la favorecida de Ud., que con el retrato del distinguido Sr. general de división D. Leonardo Márquez me dirigió Ud. ayer; y en cuanto á mi opinión sobre el particular á que se contrae su asunto, le diré á Ud. sencillamente que me ha parecido bien reproducida la fisonomía del expresado Sr. general, aunque de perfil.

Con tal motivo me es bastante satisfactorio ofrecerme á sus órdenes como su amigo aftmo.—*Santiago Cuevas.*

El señor Cuevas es uno de los generales de mejores merecimientos entre los del partido conservador. El mismo general Márquez, en esta obra, tributa homenaje á sus condiciones militares.

Fué uno de los Notables, que, con el doctor Manuel Berganzo, propuso una monarquía constitucional, por lo cual le consideraron los suyos como *chinaco*. El Imperio le alejó de su lado; y á poco de haber caído, volvió al país; y los republicanos le tacharon de traidor.

Admira la resignación con que soporta su caída, su soledad y su pobreza, pobreza que contrasta con su alta posición pasada en que pudo haber manchado sus manos, como ciertos traidores impúdicos, que no satisfechos con saquear la hacienda republicana, vociferan contra los liberales afirmando que después de Maximiliano no ha entrado persona decente alguna en Palacio.

Todavía ahora, con ser tan cargado de años (cuenta ochenta y cinco), revela su carácter de verdadero soldado en su trato y sus maneras.

Sr. D. Angel Pola.

C. de V. Junio 2—904.

Muy Señor mío:

Se sirve V. preguntarme, si el grabado que me remitió del Sr. Dn. Leonardo Márquez se parece al original; y le contesto que es exacto el parecido.

La fisonomía de este señor la tengo grabada en mi cerebro, así como la del Archiduque Maximiliano; pues el año de 867, al comenzar el sitio de Querétaro, ese señor nos atormentó cuanto pudo á siete oficiales prisioneros que estábamos en dicha plaza; nos quiso fusilar, y escapamos de sus garras debido al Archiduque, cuyos nobles sentimientos me obligan en esta vez á rendirle el homenaje de mi gratitud, pues á él le debo la vida.

De V. afmo. servidor.

Brigadier *Francisco P. Mendez.*

El general Méndez es distinguido republicano cuyas notas salientes son valor, honradez é instrucción.

Como es tan interesante su vida militar, no hemos podido resistir á la tentación de que nos refriese algo respecto á la materia en que se ocupa este libro. Escuchémosle:

El 1º de Febrero de 1867, la brigada Vanguardia del Ejército de Oriente, de la cual era yo comandante de artillería, recibió orden del general Escobedo para amagar la plaza de Querétaro y atacarla si era posible.

Hacía días que estábamos acantonados en San Juan del Río, trabajando día y noche para hacer municiones, de las que carecíamos en absoluto.

El 4 pernoctamos en la hacienda del Ahorcado. El 5, á las nueve de la mañana, ocupamos la cuesta de Saldariaga, que domina la cañada de Querétaro. Nuestra caballería se situó en

el flanco izquierdo, se extendió hasta el camino real y se ordenó que la vanguardia tirotease las garitas de Querétaro.

Gayón, Tinajero, *Bueyes Pintos* y Almanza salieron de la plaza, esquivaron el combate de la cañada y atacaron el flanco izquierdo de nuestra línea, donde fueron completamente derrotados.

El general Tomás Mejía estaba enfermo y no podía montar á caballo; con todo, se puso á la cabeza de sus tropas, las reorganizó y volvió á atacar nuestra ala izquierda. Á las cinco de la tarde fuimos derrotados y hechos prisioneros con mi artillería y la infantería que la servía de sostén, mandada por los capitanes Cornelio Zurita, José Enciso; tenientes José Bravo y Juan Vega, y un subteniente cuyo nombre no recuerdo.

Gayón, que después figuró como general de la República, mandó formar cuadro para fusilarnos contra una cerca; y lo habría hecho si no se hubiese presentado con tanta oportunidad el general Mejía, quien preguntó:

—¿Quiénes son estos hombres?

—Son prisioneros que van á ser pasados por las armas en cumplimiento del decreto de 3 de octubre—se le contestó.

Nos contó indicándonos con el índice, llamó á un oficial francés del batallón "Cazadores de México," formado de soldados franceses licenciados, le ordenó que nos custodiase y le hizo responsable de nuestras personas.

En estos momentos, un ayudante de Mejía, apodado *El Coyote*, en compañía de cuatro ó seis oficiales, pretendieron asesinarnos; pero el oficial francés nos defendió.

Pernoctamos en la cañada, y el 6 se organizaron las tropas del Imperio para hacer su entrada solemne en Querétaro. Desnudaron á nuestros soldados prisioneros para vestir á los de Gayón, que eran aguadores, denominados "Activos de Celaya", quienes, en vez de kepíes, llevaban sombrero de petate con el ala recortada á modo de visera. En la garita-hizo alto la columna, y Gayón que la mandaba, organizó una comisión compuesta de los bandidos Almanza, *Bueyes Pintos* y Tinajero, para que se acercase al general Mejía á pedirle que se nos aplicara la ley de 3 de octubre. Mejía se negó á ello. Entró la columna en la plaza y los prisioneros fuimos apedreados por los fanáticos. Una vieja me estrelló una olla de atole en la cabeza.

Mejía, siempre bondadoso y magnánimo con nosotros, siem-

pre expresando bondad en su semblante y sus acciones, ordenó que nos alojasen en el cuartel de San Francisco, vigilados por el batallón de Gayón; y nos guardasen todo género de consideraciones. Pedimos alimento, pues hacía veinticuatro horas que no comíamos; y Gayón mandó que nos metiesen una cubeta de agua. Momentos después se presentó don Rodrigo Valdés, rico industrial, quien de acuerdo con el licenciado Canalizo, abrieron, encabezándola, una subscripción entre los habitantes liberales, cuyo producto sirvió para que subsitiésemos hasta el término del sitio.

El mismo día 6 era derrotado el general Severo del Castillo en la Quemada y quedaba resuelta la combinación de Escobedo: nosotros nos sacrificábamos para impedir que Mejía auxiliase á Castillo, que venía perseguido por las tropas de México.

Márquez llegó á Querétaro con Maximiliano, y á pedimento de Gayón, mandó que los siete oficiales prisioneros, que por acuerdo de Mejía estábamos en el cuartel del batallón de Celaya, pasásemos á la cárcel pública, confundidos con los criminales.

Márquez dijo á Maximiliano, que sería conveniente sacar á los presos para que trabajasen en las obras de fortificación; y creyendo que se trataba de los presos civiles, dió su asentimiento. A las cinco de la mañana fuimos sacados de la prisión los siete oficiales y conducidos por una escolta de caballería al cerro de las Campanas. El Emperador, que tenía su tienda de campaña en la cúspide, vió llegar la escolta y mandó un ayudante á preguntar qué significaba aquello. El comandante de la escolta dijo, que éramos oficiales prisioneros que por orden del general Márquez íbamos á trabajar en las fortificaciones. Subió el ayudante, habló con Maximiliano; y pudimos ver por sus ademanes, que indignado desaprobaba aquello; lo cual nos llenó de regocijo, porque estábamos resueltos á no obedecer la orden. Bajó el ayudante y dijo al comandante de la escolta:

—Ordena el Emperador que estos oficiales vuelvan á su prisión y que se le diga al general Márquez que en lo sucesivo no les moleste.

Llegó la noticia del fusilamiento de Joaquín Miramón y de varios franceses; y entonces Márquez, sin consultar con Maximiliano, mandó sacarnos de la cárcel pública, con una escolta de

infantería, á las diez de la noche, y encerrarnos en unos calabozos del cuartel del Carmen, para que á la madrugada nos fusilasen en los corrales del convento. El alcaide de la cárcel, liberal y de muy buenos sentimientos, dió aviso al licenciado Canalizo, quien se constituyó en nuestro protector desde nuestra entrada en la cárcel. Fué á ver al general Mejía y le informó de lo que acontecía; y á pesar de estar muy enfermo, en cama, se levantó y habló á Maximiliano, que sorprendido de lo que le refería Mejía, ordenó á su ayudante el capitán Lecerf que inmediatamente fuese á la prisión, nos sacara de los calabozos y pusiese en prisión segura y cómoda, á las órdenes del cuartel general.

Lecerf se presentó en el Carmen al rayar el día, y cuando creíamos que nos iban á fusilar, nos comunicó de parte del Emperador, que se nos indultaba, nos mejoraba de prisión y recomendaba que nos condujésemos cuerdamente para que no se nos restringiese nuestra libertad, ni estrechase la prisión.

A las diez de la mañana subimos á la azotea á tomar sol y se nos trató con mucha consideración. Pocos días después, pasamos al convento de la Cruz, donde Maximiliano había establecido su cuartel general. Varias veces nos visitó en la prisión y ordenó que se nos diese tabaco y una pequeña ración de alcohol, y que nos bañásemos en la fuente. Cuando las baterías republicanas hicieron fuego sobre el edificio, mandó, para salvar nuestras vidas, trasladarnos al convento de San Felipe, en el centro de la ciudad.

La víspera de la rendición de la plaza, se acordó todavía de nosotros: ordenó al capitán Lecerf, jefe de la prisión, que á las doce de la noche, retirase el destacamento de soldados franceses que nos custodiaba (no había querido confiarnos á los mexicanos) y que mandara cerrar la puerta al más caracterizado de entre nosotros, yo, y que procurase guardar orden, porque las tropas iban á romper el sitio.

Comenzaba á amanecer, los clarines tocaban diana; á poco se oyeron disparos de fusil rumbo al cerro de las Campanas, y un ligero repique. Yo, que había quedado encargado de la prisión, ocupaba el cuarto del capitán Lecerf; salí á la ventana, permanecí asomado gran rato; por fin, oí pasos precipitados: eran el Emperador, el general Castillo y su comitiva que se dirigían al cerro de las Campanas. No hablaban una sola pa-

labra, estaban demudados y andaban á gran prisa. Maximiliano pasó bajo de la ventana, se fijó en mí alzando la cara y pude contemplarle perfectamente; aun creo que me reconoció, porque en las visitas que nos hizo cuando presos, me interrogaba siempre por ser el más caracterizado; porque le referí que yo era oficial de artillería y había sido alumno del Colegio Militar. Su traje era el mismo que usaba comunmente: sombrero blanco de anchas alas y toquilla delgada de oro; levita militar azul de solapa suelta, abrochados los primeros botones y abajo suelta; espada ceñida bajo las faldas de ella, pantalón de montar punto de malla, bota fuerte. Su porte era airoso y simpático.

No es cierto que hubiesen salido disfrazados de paisanos para escapar de la Cruz. El general Castillo vestía también traje militar, ceñía espada, pisaba con bota fuerte y se abrigaba con sobretodo.

A poco se presentó en la bocacalle de San Felipe, donde estábamos prisioneros, un grupo irregular de caballería republicana; y comenzó á hacer disparos hacia el rumbo que había seguido el Emperador. El jefe se acercó á la ventana, en la que yo tenía puesta una bandera blanca, le informé que éramos prisioneros, ordenó que tuviésemos cerradas las puertas y que no saliésemos hasta que se nos avisase. Más tarde se presentó un oficial en la prisión y nos condujo al cuartel del Carmen, donde quedamos bajo la vigilancia de una guardia republicana.

Como á las once del día quedamos en libertad y vimos en una de las calles céntricas al coronel Miguel López, de uniforme, á caballo, pistolas en el arzón y acompañado de algunos jefes republicanos.

Hecho prisionero Maximiliano, solicité permiso del general Escobedo para pasar á darle las gracias en nombre de los siete oficiales republicanos que habíamos estado presos. Se me concedió el permiso; y el jefe del estado mayor Rafael Platón Sánchez fué conmigo á la prisión para que yo entrase.

—En nombre de mis compañeros y mío, vengo á manifestar á usted nuestra gratitud por el buen trato y las atenciones que hemos recibido de su parte.

—He cumplido, dijo Maximiliano, con mis deberes de general. Nada tienen ustedes que agradecerme. ¿Tiene usted familia?

—Sí, señor.

— Cuando usted esté al lado de ella, acuérdesese de mí.

—Me acordaré de usted toda mi vida.

Y de veras, la memoria de ese hombre me es muy grata: ¡era todo bondad, todo cortesía, todo un caballero! Cautivaba con su cariño.

Cuando nos visitaba en la prisión, decíanos:

—Vean en mí, no al jefe de un partido, sino al amigo que se interesa por ustedes. Luego que terminen las operaciones militares, los volveré al seno de sus familias.

Y al iniciarse cada acción, en el período del sitio, mandaba á sus ayudantes á nuestra prisión, para que evitaran que nos matasen.

Al general Mejía lo visité también, cuando fuí á darle las gracias al Archiduque. Primero le debemos la vida al general Mejía y después al Emperador. Mejía, este hombre de buen corazón, estaba en mangas de camisa, junto con otros prisioneros, en pieza separada. Le dí las gracias más expresivas en nombre de mis compañeros.

—Jamás, me dijo, he fusilado á un prisionero de guerra después del combate. Nada tienen ustedes que agradecer.

Le pedí permiso para darle un abrazo; y le abracé, le estreché la mano, me despedí y conmovido salí de su habitación: pues comprendía el fin que le estaba reservado.

De los siete oficiales prisioneros, sobrevivimos el coronel de caballería José Bravo, el teniente coronel de infantería Cornelio Zurita y yo.

El general en jefe me expidió pasaporte para incorporarme en las tropas que iban á sitiar á México. El día de mi salida, desde la Cuesta China presencié el fusilamiento de Ramón Méndez, hombre de mala alma, el *Tigre* de Michoacán, con quien, por fortuna, no me liga parentesco.

México, Junio 10 de 1904.

Sr. D. Angel Pola:

Estimado amigo:

El retrato que tuvo usted la bondad de mandarme es completamente parecido al Sr. Gral. Leonardo Márquez.

Soy su atento servidor y amigo.—*Carlos Miramón.*

Don Carlos es hermano del general Miguel Miramón. Empezó su carrera militar el año 1854, con Márquez. Desde aquella fecha hasta 1867, tomó parte en las más salientes acciones al lado de su célebre hermano. Dejó las armas con el grado de coronel á la caída de la plaza de Querétaro.

Entonces se escondió en la casa del licenciado Jesús María Vázquez, donde estuvo á punto de ser hallado.

El 19 de Mayo, en la madrugada, salió de la ciudad vestido de charro, y pasó por entre las filas enemigas, haciéndose llamar Casimiro Martínez. Sesenta y seis años cuenta de edad y ocupa un puesto público desde 1892.

* * *

Sr. D. Angel Pola.—Presente.

S. C. México, Julio 10 de 1904.

Muy señor mío y amigo:

Tengo el gusto de contestar su apreciable carta, fecha de ayer, á la que acompaña un retrato del general Márquez, pidiendo mi parecer, y desde luego manifiesto á U. que, este retrato es de lo más perfecto que conozco en la semejanza con el General, tal como está en la actualidad. Como U. bien sabe, desde la época de la Intervención conozco al general Márquez; durante el Imperio tuve varias ocasiones de tratarlo, lo ví en Orizaba á mi regreso de Europa, en Diciembre de 1866, después en México y en Querétaro; más tarde y cuando regresaba yo de mi segundo viaje á Europa, á mi paso por la Habana, en 1869, volví á verlo; finalmente, hace un par de meses nos encontramos en las oficinas del Teatro del Renacimiento. Los rasgos principales de las facciones del General no han cambiado gran cosa desde aquel tiempo, y tan sólo el pelo y la barba están más blancos que entonces, pero, repito á U., el parecido no puede ser mejor.

Me pregunta U., además, cuál era el juicio que el Emperador tenía formado del General. A esto digo á U. que S. M. lo tenía en el mejor concepto por su talento militar, por su valcr

á toda prueba, por su energía y por sus grandes conocimientos del arte de la guerra, pero desgraciadamente cuando en Querétaro, día por día era esperado con ansiedad, cuando sólo en él se cifraba la salvación del Imperio, y pasaron semanas y meses sin recibir los auxilios esperados y ni siquiera noticias suyas, y la plaza se perdió y con ella el Imperio, aun cuando pude yo no oír la conversación del Emperador con el barón de Lago, y además ésta fué en alemán, sí puedo asegurar á U. que lo que S. M. dijo al citado barón lo dijo también á sus compañeros de prisión, y yo le oí estas ó semejantes palabras: *Lo que más me puede en la situación en que nos encontramos es la conducta del General Márquez en quien tenía yo toda mi confianza. La traición de López puede perdonarse, pero nunca perdonaré lo que ha hecho el General.*

Creo con lo que llevo manifestado cumplir los deseos de U. y esperando sea así, quedo suyo afmo. S. S. y amigo.—*José Luis Blasio.*

Después del Imperio, el señor Blasio, fué secretario particular del Archiduque, partió á Europa, estuvo algún tiempo en Viena, donde fué bien recibido por el Emperador Francisco José y varias veces habló con la archiduquesa Sofía, madre de Maximiliano, á cuya mesa llegó á sentarse. Regresó á México á fines de 1869. Por su escasez de recursos entró de meritorio sin sueldo á servir en la oficina de contabilidad del Ferrocarril Mexicano, de la que llegó á ser el primer tenedor de libros. Después de treinta y dos años de servicios enfermó de gota y la Compañía lo ha jubilado.

Tiene sesenta años y su vida se desliza entre el estudio y los números de una que otra contabilidad particular que suele llevar.